

ARTÍCULO ESPECIAL

La ciudadanía activa como impulsora de la puesta en valor de lo público y de la creación de la agenda política

Active citizenship as a promoter of the value enhancement of the public sphere and the creation of the political agenda

Emil Renato Beraun Beraun

<https://orcid.org/0000-0003-1497-6613>

emilberaun@gmail.com

Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas

RESUMEN

El presente artículo tiene como objetivo reflexionar sobre la importancia que reviste la ciudadanía activa como agente impulsor de la creación de políticas públicas dentro de los procesos de gestión que sintonicen con las necesidades de la población. Todo esto enmarcado dentro de una actitud de la ciudadanía que supere y trascienda la incongruencia entre la teoría y la práctica, donde mediante un ethos soberano, asuma un rol protagónico dentro de la sociedad y pueda en la más clara expresión de una práctica ética comprometida con su entorno, persistir en una sociedad más equitativa.

Palabras clave: ética; ethos soberano; ideología; políticas públicas; valor público.

ABSTRACT

This article aims to reflect on the importance of active citizenship as a driving agent for the creation of public policies within management processes, which are in tune with the needs of the population. All of this is framed within an attitude of citizenship that overcomes and transcends the inconsistency between theory and practice, where, through a sovereign ethos, it assumes its leading role within society and can, in the clearest expression of an ethical practice committed to its environment, persist in a more equitable society.

Keywords: ethics; ideology; public policies; public value; sovereign ethos.

*Hay que luchar hoy, para poder hacer mañana
Lo que no podemos hacer hoy*
Paulo Freire

1. Introducción

La sociedad peruana se encontraba viviendo un espejismo, una especie de baile bajo un techo de cristal, hasta que el COVID-19, apareció, llegó, y terminó por hacer saltar por los aires la fragilidad que nos cubría. El virus sirvió como una especie de lupa que puso mucho más en evidencia los problemas estructurales que arrastramos históricamente en salud, en el trabajo informal, en educación y en la implementación de servicios básicos para la población más vulnerable.

Las políticas públicas efectuadas hasta un año antes de nuestro bicentenario demostraron ser ineficientes en la búsqueda de una sociedad auténticamente democrática, esto es, una sociedad donde todos cuenten con las mismas oportunidades, logrando una justicia con equidad. El contexto pandémico logró que salten mucho más a la vista estas contradicciones y, expongan como la falta de voluntad política, la mala comunicación entre los actores políticos, la corrupción, y también, la falta de involucramiento de la sociedad civil en auténtica expresión de su participación ciudadana, terminen por configurar políticas que no incluyan en su agenda a las necesidades más urgentes de nuestra población.

El contexto extraordinario que estamos viviendo y que tendremos que afrontar en nuestro retorno a la *nueva normalidad*, requiere invertir nuestra pirámide de prioridades, una refundación en la forma de hacer política y de elaborar políticas públicas, siendo urgente que coincidan con un valor público auténtico, fomentado y puesto en evidencia por una participación ciudadana involucrada, que trascienda el concepto superficial de ciudadanía, y lo convierta en una práctica ética, en donde se tenga como prioridad la búsqueda del bien común, anteponiendo el nosotros frente al yo.

El objetivo del presente artículo es analizar la forma cómo llevar a cabo este proceso de empoderamiento ciudadano y su relación con la ética, en la consolidación de políticas públicas eficientes en el proceso y eficaces en el resultado. Todo esto enmarcado en el análisis de la necesidad de vivir en una sociedad que respete las dignidades y que asuma que no hay aspecto más importante para el pleno desarrollo humano, que la inclusión como forma de liberar al pobre de la necesidad.

2. La necesidad de superar la *akrasia* social

¿Qué es lo que ocasiona que seamos cómplices de aquella forma de hacer política de la que tanto nos quejamos y que, sabemos, no cambiará por un acto asociado con la fortuna, el azar o el destino? La respuesta corta es la costumbre. Pero, como decía Sartre, *aún camino al cadalso tenemos la posibilidad de elegir*. De manera que los hábitos, las costumbres, la pesada herencia, etc., no son determinantes y existe la posibilidad de ser congruentes entre lo que decimos y hacemos; entre nuestro pensar y nuestro actuar.

Lo primero, hay que partir por hacer un mea culpa sobre cómo nos relacionamos con nuestro entorno y la forma cómo expresamos nuestros intereses; sobre aquello que consideramos lo más adecuado para nosotros, tanto a nivel personal como social, y lo que nuestra práctica termina realizando. El resultado suele ser una brecha que se hace cada vez más distante entre

lo que decimos y hacemos, y que nos convierte, mientras tanto, en seres pasivos, totalmente desvinculados con los asuntos públicos e inactivos como ciudadanos.

La dicotomía entre razón y voluntad, entre el saber lo que es correcto y lo que terminamos por ejecutar, se conoció como *akrasia* en la Grecia antigua. Se hace referencia a una actitud que siempre se ha mantenido vigente, aunque no necesariamente por los mismos motivos. La *akrasia* actual, convertida en social, es la expresión de nuestro cinismo contra nuestro propio bienestar colectivo; es el alimento para una ideología que se jacta de su ausencia pero que triunfa en la práctica, producto del goce condicionado que genera (Zizek, 2003). Se nos repite de forma constante que no hay opresores, ni clases, y que las grandes ideologías y metarrelatos han fenecido; sin embargo, esta misma consideración es condicionada por una gran ideología que nos separa en los proyectos políticos y que solamente nos homogeniza en el consumo y las libertades económicas.

Los grupos de poder económico, que han reconfigurado su forma de explotación, basada en una falsa libertad individual competitiva, ensombrecida por una alienación aspiracional, influyen en los actores políticos y guía la comparsa de una política que busca de forma estricta el bienestar personal y el servicio propio como bandera.

De este modo, coinciden y comulgan el poder económico, el poder político, ambos amparados en un poder mediático que desinforma e invita a una distracción convertida en complicidad, producto del alejamiento de la reflexión sobre lo importante.

La dictadura del interés económico, que percibe todo bajo su prisma, hizo también del contexto extraordinario pandémico, una extensión de sus intereses. Todo configurado para alinear el pensar con la resignación y el anhelo con un sueño frustrado. De esta manera, la persistencia de esta ideología que utiliza todos los aparatos mediáticos e instrumentos políticos, forjaba una dicotomía entre el pensar y el actuar, entre lo necesario y lo práctico.

Todo esto ocasiona que critiquemos la corrupción, que nos rasguemos las vestiduras frente a la inequidad, y nos quejemos hasta de una empresa que carece de responsabilidad social. Nos indignamos con la permanente presencia de la pobreza y la mala gestión pública como reflejo de políticas públicas inadecuadas, debatimos y nos pronunciamos en redes; pero, luego de haber cumplido con nuestro «deber», seguimos con nuestras vidas, como si nada sucediera.

Es en este punto donde vale preguntarse ¿Dónde queda nuestro rol como ciudadanos? ¿Qué papel juega la ciudadanía organizada en la creación de políticas públicas? Y, finalmente, ¿Cómo contribuye la ciudadanía a la fiscalización dentro de la gestión pública en el combate contra la corrupción?

Tal como refiere la *Carta Iberoamericana de Participación Ciudadana en la Gestión Pública* (2008), la ciudadanía tiene el derecho de organizarse y participar en todo el proceso consistente a la elaboración de políticas públicas, así como de medir y evaluar sus resultados, con todos los medios tecnológicos que estén a su disposición y con toda la posibilidad de acceso a información pública (Carta, 2008). Si bien se indica que hay una responsabilidad social en participar, se debiera enfatizar lo siguiente: que más allá de un derecho, se requiere el imperativo moral de un deber, algo que no quede en lo gaseoso de lo deliberativo y fomente lo concreto mediante el ejemplo de la práctica ciudadana, un involucramiento que se haga cada vez más ordinario y que colabore también en los procesos de fiscalización, más aún, si la corrupción realmente ya casi forma parte del paisaje e imaginario social.

Resulta importante que la ciudadanía se haga escuchar, ya que normalmente los gritos del pasado siguen sin ser atendidos en nuestro presente, debido a que la política sigue en gran medida capturada por grupos que solo buscan servirse de ella en desmedro del bienestar de la población. Frente a la necesidad de cambios urgentes, la inacción, la pasividad, el conformismo —y el pensar que la historia y la organización de la sociedad dependen solamente de la voluntad de quienes nos representan—, termina por configurarse una estructura que reproduce las mismas condiciones de desigualdad de hace muchos años, y que, sencillamente, deja intacta toda la estructura que reproduce desigualdad.

Quienes consideraron que la pandemia produciría condiciones propicias para grandes cambios sociales (Zizek 2020), sobrevaloraron la agencialidad de un virus frente al rol que debe jugar la sociedad como agente de su propia libertad, como agente de cambio y transformación (Han, 2020).

¿Cómo cambiar y orientar nuestra acción hacia lo que consideramos correcto? ¿Cómo dirigir nuestra práctica hacia la búsqueda de una sociedad más justa, auténticamente democrática y con plena equidad? El punto de partida es mirar nuestras acciones, limitaciones y posibilidades de perspectivas, especialmente el elemento ideológico que siempre juega un papel fundamental, ya sea como una cadena para el sometimiento o como un acicate para el cambio.

Si en la actualidad hay una ideología dominante que no confronta lo intelectual, pero evita la acción de la población, es mediante la acción de la ciudadanía donde esa representación del mundo queda resquebrajada y puesta en evidencia. Recordemos que toda ideología tiene fisuras por más que brille como seducción. Esta puede ser un condicionante para el fracaso de un proceso; pero también, una grieta de posibilidad que permite criticarla. Justamente, esa posibilidad de crítica nos permite darnos cuenta de que no somos seres programados desde el nacimiento; podemos cambiar y moldear nuestra conducta para sintonizarlas con nuestra razón y con nuestras necesidades. Pero aquí viene lo más difícil. Normalmente, sabemos que es lo que hay que hacer; reconocemos lo que se necesita; asumimos incluso que se requiere de mucho esfuerzo social y dedicación, pero, sin embargo, nos aferramos demasiado a nuestra *zona de confort*.

Y para quienes estén buscando escapar del confort como un mecanismo de aprendizaje, hay una especie de trampa, aquella que solo se orienta al desafío personal y lección de vida individual. Obviamente, esto es resultado de los «valores» inculcados en la actualidad y de toda una suma de principios y decálogos que se aprovechan de la incertidumbre que genera vivir en una sociedad tan angustiante como esta. Es así, que toda esta armazón ideológica idealista se suma, además, como mecanismo de comparsa para sublimar el proceso, indicando bajo la sentencia de la *felizocracia*, que basta ponerle ganas y esfuerzo a la vida para la consecución de una meta, para que el universo conspirando a favor del solicitante, lo ayude a lograr todo lo que se proponga. Esto, más bien, lo único que trae como resultado, no solamente es que toda búsqueda y aspiración de mejora se circunscriba estrictamente hacia lo personal, sino que, además, se genere una frustración con posterior inacción social, para quien asume que toda culpa es producto de su falta de esfuerzo, y no de las contradicciones presentes en la sociedad. Esto incluso es lo que conlleva a enfermedades actuales como la depresión, como resultado directo de un exceso de *positividad* (Han, 2021).

3. El *ethos* soberano

Si el problema de nuestra conducta no está en el plano intelectual, sino en el quehacer práctico, ya que la razón no se asocia necesariamente con la práctica virtuosa (Aristóteles 2014), el inicio de la solución se encuentra en un cambio de hábitos que conlleven hacia un involucramiento

ciudadano como reflejo de una postura ética comprometida y solidaria (Cortina,1993). Lo que hay que comprender de forma urgente es la necesidad de reconocer el enorme poder que trae consigo el ejercicio ciudadano.

Se entiende por *ethos soberano* a una actitud o forma de vida por parte de la población, donde asume realmente el convencimiento tanto a nivel teórico como práctico de su papel protagónico dentro del ejercicio de gobierno y del pacto social que garantiza la gobernabilidad. Un *ethos soberano*, reflejado en una ciudadanía activa y consciente considera la necesidad de la posibilidad de votar, de elegir a las autoridades, de poder ejercer sus derechos —y de impulsar otros—, de lograr una mayor independencia frente a los vínculos primarios, sean familiares o sociales, pero no lo considera como una práctica aislada, sino como un comportamiento que se vincula con la vida pública, con la práctica política, y con una participación en la elaboración, ejecución y búsqueda de transparencia en las políticas públicas y las agendas políticas.

Si tuviéramos la posibilidad de definir a la gestión pública en un par de palabras, estas serían: cambio social. Siendo así que adecuadas políticas públicas tienen que sintonizar con las necesidades de la población. Es en este asunto, donde la población debe impulsar que haya puntos urgentes en la agenda política, partiendo del hecho de que es la propia población la que también otorga el valor público a los resultados de los procesos de gestión.

Junto a los partidos políticos, a los gobiernos regionales y locales, a los funcionarios, y representantes políticos, es la población organizada de forma activa, la que tiene que, mediante el derecho a la participación y el deber de impulsar su involucramiento, generar valor público. Frente a un paradigma ligado de forma estricta al neoliberalismo donde la gestión de lo público debe solamente imitar a lo privado, es importante la consideración que la población pueda tener una exitosa relación con el sector público e influya en gran medida a la inversión en salud, educación etc. De esta manera el valor público se entiende como el valor otorgado por la población a las inversiones del gobierno en aras de su propio bienestar (Moore, 1998).

Otro aspecto de suma importancia es la forma que reviste el involucramiento en la vida pública. La práctica ética no puede reducirse a no transgredir las normas, esto sería solamente una ciudadanía pasiva, negativa. No basta con hacer mínimamente lo correcto. Hay que orientarse hacia lo creador, positivo y constructivo, y en ello está, el auténtico compromiso de trascender la idiotez griega, aquella actitud de quedarse ensimismado mirándose el ombligo frente a los temas de urgente necesidad.

Resulta importante enfatizar este aspecto, debido a la conducta que asume gran parte de la población, la cual, desde una alienación aspiracional, se convence acorde al discurso hegemónico que la pobreza es consecuencia de una estrechez mental y no de la falta de oportunidades y brechas como extensión y reflejo del modelo económico. De esta manera, asumen que a pesar de cualquier situación infame e injusta que se pueda estar viviendo, solamente es cuestión de voluntarismo o suerte para que puedan llegar a superarse, siendo presas de un optimismo sumamente ingenuo, que permite una adecuada convivencia con el enemigo.

No hay práctica ética real si no hay involucramiento en lo público. Es decir, no es posible ser buena persona si somos malos ciudadanos. No puedo comprometerme conmigo, si pierdo de vista el carácter social de la vida, la importancia del bien común, y los beneficios de una sociedad auténticamente democrática.

Ningún derecho fue otorgado por la benevolencia de los poderosos, y, cuando dentro de la gobernabilidad se transitó de un pacto con el Leviatán hacia un contrato social, la auténtica transformación fue la reconfiguración de súbditos a ciudadanos, en donde la voz de la divinidad descendió hasta hacerse escuchar por intermedio de la voluntad de la población. La ciudadanía, en pleno reconocimiento de sus derechos, tiene la obligación de participar en la vida pública más allá del simple hecho de votar por sus representantes cada cierta cantidad de años. El poder que se ejerce sobre el todo social es siempre proporcional al grado de compromiso y de la acción colectiva. Incluso recordemos que, cualquier incumplimiento del contrato de gobernabilidad, debiera implicar su ruptura unilateral.

La participación ciudadana puede y debe ser una actividad constante y estar siempre pendiente de los procesos electorales, de los planes de gobierno, de las agendas políticas, del cumplimiento de los ofrecimientos. Se debe combatir la corrupción, revocar autoridades cuando sea necesario, participar del presupuesto, darse el tiempo para asistir a las reuniones de cabildo abierto, e impulsar las iniciativas legislativas. Si bien muchas personas podrán alegar desconocimiento frente a todas estas posibilidades y acciones, no menos cierto es que la mayoría las conocemos y, sin embargo, solemos actuar de forma cómoda e hipócrita frente a nuestra realidad.

Las personas se suelen llenar de elogios y autoelogios sobre su esfuerzo por «salir adelante». Se enorgullecen de la forma en la que quieren a su familia y a sus «próximos». Todos quieren un bienestar en el futuro. Quisieran un mejor salario, mejores condiciones laborales, mejores leyes, y mejores representantes. Y como si de algún acto mágico se tratara, piensan que algún día, las cosas mejorarán por simple inercia. Peor aún, hay quienes bajo el conformismo, terminan por disfrazar un egoísmo en donde enfatizan que nadie les regala nada y que, en vez de perder el tiempo, se dedican a trabajar.

Nuestras actitudes terminan por desbaratar toda posibilidad de un mejor futuro para todos y todas. No hay oportunidad de cambio social si no hay toma de conciencia de pertenencia a una sociedad que está por encima de mi propio interés, pero, por sobre todo, de que no existe posibilidad de transformación sin la puesta en práctica de un *ethos* soberano, donde se asuma la potencia del poder de una sociedad como población organizada, atenta a sus derechos y con la capacidad siempre viva de indignarse y protestar contra el abuso.

La ética no se enseña mediante la teoría, sino de forma práctica mediante el ejemplo. En vez de un discurso sobre el compromiso, los derechos y los deberes ciudadanos, el *ethos* soberano, se fomenta mediante la puesta en práctica de todas las capacidades ciudadanas para buscar democratizar la sociedad. De esta manera, la importancia de la conciencia moral se hace social y el compromiso se universaliza.

No hay posibilidad de futuro, menos aún la de dejar un legado, si no intentamos resolver las contradicciones históricas que hacen de nuestro presente un lastre del pasado y un impedimento para nuestra realización como sociedad.

4. Hacia la democratización de las oportunidades

El virus nos hizo tener más presente todo aquello que por nuestra parsimonia y falta de involucramiento, nos sigue aquejando. Todo se hizo tan «anormal» que extrañamos los «felices que éramos sin saberlo». ¿Añoramos nuestro espejismo? Normalmente se acepta que mientras más amplia es la brecha entre lo real y lo ideal, más grande es el problema. Frente a este espejismo debemos asumir que es posible lograr una sociedad auténticamente democrática, una en donde

el lugar de nacimiento y la situación económica no sean sinónimo de frustraciones y de eternas desigualdades incluso frente a la muerte.

El hecho de ser un país que no es formalmente una nación, que no se proyecta e imagina como igual en un futuro común, como debiera serlo (Anderson, 1993), en donde la forma de hacer política no aterriza hacia las urgencias de los sectores más necesitados, origina un andamiaje social en donde la democracia es una ficción para los pobres, pero es funcional a los que más tienen. Por ello, la democracia se circunscribe y reduce al ejercicio del voto cada cierto tiempo y a ciertos manotazos de expresión altisonante en las calles. Frente a ello, urge la organización y la movilización de la sociedad. Si alguien no desea participar de un partido político, puede participar de un colectivo, de una organización de base, de una organización civil, o, por último, se pueden recrear espacios de diálogo, de discusión, reflexión y debate a nivel de comunidad, en donde la vida pública pueda latir en la misma proporción a nuestras quejas, incertidumbres o lamentos.

Urge la necesidad de darse un tiempo para lo que realmente importante. Solo así se podrán abrir ventanas de oportunidad en la que se ponga en evidencia los temas urgentes dentro de la sociedad. Todas las formas y medios importantes en ese sentido: una denuncia, o una exigencia, un reclamo, mediante una protesta; el ejercicio de la fiscalización, juntando firmas y siendo observantes en el manejo de nuestros propios recursos, etc. Así, asumiremos el rol que nos pertenece y que pondrá en claro que podemos llegar a ser un poder en movimiento y no un volcán dormido.

La constante presión ciudadana nos ayudará a poner en el ojo público las necesidades de la población (Cortina, 2017). Habrá obviamente quienes necesiten más y otros que necesiten menos, pero el saber colocarnos empáticamente en la situación del otro, de ese otro que no me es ajeno, sino una extensión de mis propios anhelos, es también, un acto de humanidad, una práctica de ciudadanía que tendría que caracterizar de forma constante nuestra manera de vivir.

Es muy fácil ser corrupto, tanto como ser «políticamente incorrecto», aprovecharse de las necesidades y fidelizar a la pobreza cuando se sabe que la población se subestima así misma y no toma el control de su futuro. ¿Se imaginan lo que podría pasar por la cabeza de un político, de un candidato, si asumieran que la población no tolera que atenten contra su dignidad?

Incluso, será posible evitar la corrupción en la propia medida que haya mayor supervisión. Si sus principales causas son la impunidad y la falta de transparencia (Defensoría del Pueblo, 2017), y sus principales costos son cuantitativos, y cualitativos, esto es, las pérdidas en dinero y en lo que se podría haber invertido ese dinero (Quiroz, 2013), una mirada aguda de la población reducirá en gran medida su reproducción constante. Recordemos que la crítica sin acción termina por convertirse también en parte del problema debido a la complicidad.

Debemos asumir entonces de que de todos nosotros depende, o bien seguir así, o dar un salto de esperanza hacia la construcción de un futuro mejor; hacia la posibilidad de ser protagonistas de nuestra propia historia; de la posibilidad de consolidar una forma auténtica de cambio, un legado que podamos dejarle a nuestras generaciones venideras.

La política ha sido hasta ahora una tragedia y va camino a convertirse en una comedia. Hagamos de ella algo mejor, convirtámosla en auténtica práctica ciudadana, en búsqueda de una dignificación colectiva. Nadie merece vivir en austeridad, en carencia, en pobreza, en una sociedad injusta. No merecemos una democracia instrumental que solo reproduce inequidad.

Es imperativo que el realismo venza al optimismo ingenuo, y que por más duro que sea el diagnóstico, busquemos un auténtico motivo para celebrar *cultivando nuestra huerta* (Voltaire, 2020). Se requiere una esperanza que implique intervención en la realidad, y que trascienda a las soluciones que la maquillen, recordando que el estricto optimismo solamente es un reflejo de la ideología de la clase dominante (Eagleton, 2016). Es urgente que, a más de dos años de haber transcurrido nuestro bicentenario, nos demos la oportunidad de trascender las conmemoraciones e impedir el retorno a cualquier «normalidad», como aquella en donde el mundo no se paraliza debido a que la pobreza no contagia, aunque sea la peor de las «pandemias».

5. Conclusiones

Nada humano le debe ser ajeno a la práctica ética. Frente al conformismo e inacción generalizada, se debe resquebrajar la ideología dominante y evidenciar las contradicciones mediante la irrupción de una ciudadanía activa, que por sobre todo, fomente y propicie la generación de temas pertinentes en la agenda política e impulse la creación de valor público acorde a sus propias necesidades. De esta manera, se reflejará el *ethos soberano*, donde la población organizada sea piedra angular dentro de los procesos de gestión, y se convierte en sujeto activo de su futuro y crecimiento.

De igual modo, el carácter solidario y empático, son de aquellos valores que más tienen que desarrollarse como forma de pensar y vivir en sociedad. Para esto y mediante una práctica constante, es que se podrá superar cualquier postura egoísta, individualista y, sobre todo, recalitrante, ya que impide la negación dialéctica como forma de obtención de conocimiento.

Referencias

- Anderson, B. (1993) *Comunidades imaginadas*. Fondo de Cultura Económica.
- Aristóteles. (2014). *Ética a Nicómaco*. Alianza Editorial.
- Carta Iberoamericana de Participación Ciudadana en la Gestión Pública. (2008)
- Cortina, A. (2017). *Aporofobia, el rechazo al pobre*. Paidós.
- Cortina, A. (1993). *Ética aplicada y democracia radical*. Tecnos.
- Defensoría del Pueblo. (2017). *Reporte. La corrupción en el Perú*.
- Eagleton, T. (2016). *Esperanza sin optimismo*. Taurus.
- Han Byung-Chul. (2020). La emergencia viral y el mundo de mañana (pp. 97-112). En Giorgio Agamben, Slavoj Žižek, Jean Luc Nancy, Franco “Bifo” Berardi, Santiago López Petit, Judith Butler, Alain Badiou, David Harvey, Byung-Chul Han, Raúl Zibechi, María Galindo, Markus Gabriel, Gustavo Yañez González, Patricia Manrique y Paul B. Preciado, *La sopa de Wuhan*. ASPO (Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio).
- Han Byung-Chul (2021). *La sociedad del cansancio*. Herder.
- Moore, M. (1998). *Gestión estratégica y creación de valor en el sector público*. Paidós.
- Quiroz, A. (2013). *Historia de la corrupción en el Perú*. Instituto de Estudios Peruanos.
- Voltaire. (2020). *Cándido o el optimismo*. Editorial Universidad de Antioquia.
- Zizek, S. (2003). *El sublime objeto de la ideología*. Siglo XXI Editores
- Zizek, S. (2020). *Pandemia*. Anagrama.

Recibido: 2 de marzo de 2023

Aceptado: 10 de mayo de 2023

Publicado: 31 de julio de 2023